



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

El concepto de delirio en María Zambrano

Autor/es

Manuel González Ibarz

Director/es

Gemma del Olmo Campillo

Facultad de Filosofía y Letras

2016

ÍNDICE

| | | |
|---|-------------------------------------|----|
| 1 | Introducción | 3 |
| 2 | El delirio y la razón poética | 4 |
| 3 | El delirio y el sueño | 14 |
| 4 | El delirio y España..... | 20 |
| 5 | El delirio y la mística | 25 |
| 6 | Conclusiones | 26 |
| 7 | Bibliografía | 28 |

Hay en el alienado un genio incomprendido que resguarda en su mente una idea que causa pavor, y que sólo el delirio le permite encontrar una salida a las opresiones que la vida le depara.

Antonin Artaud, Van Gogh el suicidado por la sociedad.

1. Introducción.

Al pensar en el concepto de delirio, lo común es creer que es algo que tiene que ver con la enfermedad, el trastorno o la locura. Sin embargo, la palabra delirio proviene del latín *de-lirare* que significa "salirse del surco"¹. La asociación con el salirse de lo normal, de apartarse del camino previsto que es el surco, es lo que originó el sentido actual. Durante la Edad Media en Occidente los cristianos entendían el delirio como sinónimo de pecado o defecto moral, cuando no era tachado directamente de brujería. En el Renacimiento el delirio va dejando de considerarse un asunto espiritual y se empieza a perfilar la idea de que el origen es físico, por lo que con el tiempo se comienza a aislar a la gente que los padece como herramienta de exclusión y como forma de salvaguardar la paz social.²

Muchos autores en la historia de la filosofía han reflexionado sobre el tema de la locura, como Erasmo de Rotterdam, Freud, Lacan o Foucault, por nombrar sólo algunos. Pero no muchos han fijado su mirada en el delirio, y menos de la forma en la que lo hace la autora en torno a la cual va a girar este trabajo, María Zambrano, quien le otorga un sentido totalmente original y distinto.

El legado de María Zambrano ha ido calando en los anales de la filosofía española, pese a estar alejada durante mucho tiempo de España, y aunque tardíamente se haya intentado recuperar su memoria, todavía encuentro débil este esfuerzo. Probablemente, en la filosofía española siguen sonando más fuerte los nombres de Ortega o Unamuno. Por otro lado, pese a ser Zambrano contemporánea de la Generación del 27, a ella no se la suele nombrar, pese a que tuvo relación con autores y autoras de dicha generación. Pero no sólo hubo poetas, ensayistas, novelistas o dramaturgos hombres, del mismo modo que en la generación del 98 o que tantas otras,

¹ Dicciomed.eusal.es, *Diccionario médico-biológico, histórico y etimológico*. Universidad de Salamanca,

² Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica I*, México D.F, Fondo de cultura económica, 1993.

también hubo mujeres, porque siempre las ha habido. Como es el caso de Concha Méndez, Maruja Mallo, Ernestina de Champurcín, Rosa Chacel, María Teresa León, o la misma Zambrano, que cohabitaron en el tiempo y el espacio de los famosos varones del 27.³

Y es que María Zambrano no deja de ser la filósofa española más importante del siglo XX, uno de los más revueltos de nuestra historia. Visto está que durante su vida, que abarca casi todo el siglo (1904 - 1991), le tocó atravesar varias dictaduras, una guerra, un exilio y un regreso, aunque ella llegará a decir, con fina ironía, que nunca había faltado.

Voy a dedicar este trabajo a analizar el concepto de delirio en la obra de María Zambrano, aunque dicho propósito no sea tarea sencilla, si tenemos en cuenta que no es uno de sus conceptos más reconocidos, no obstante, considero que es una idea central en Zambrano, que nos ayudará a entender su pensamiento de manera mucho más completa y precisa.

2. El delirio y la razón poética.

La forma en que María Zambrano se pronuncia o alude al delirio es diferente en según qué momentos y obras. El término aparece por primera vez en *Ciudad ausente* (1928), pero será a partir de 1932 cuando el delirio empiece a ser una parte fundamental de su propia experiencia. Digamos que este concepto tiene diferentes connotaciones según el momento y el lugar en el que se encuentra la pensadora, que van desde la evasión o la elevación del espíritu, hasta la manera en que Zambrano percibe y describe el sentir de un momento histórico. Pero quizá se puede afirmar que

³ Quiero aprovechar la ocasión para recordar este desprestigio hacia a la mujer, como viene haciendo el movimiento de divulgación transmedia (incluye libro y documental) “Las Sinsombrero”, cuyo título refiere a un acto anecdótico en el cual nuestras protagonistas decidieron quitarse el sombrero en un gesto de rebeldía y gran simbolismo.

el delirio es sobre todo la esperanza, en el sentido auroral de una añoranza, una ilusión que nace a causa de una realidad insatisfactoria. Podría aseverarse también que el delirio en Zambrano tiene un cierto carácter onírico. Al decir esto no estamos hablando de oniromancia, ni de superstición, sino del sueño como una forma de conocimiento más, una quimera o un remedio al que el hombre se entrega en los momentos de renunciación o desespero. El sueño para Zambrano es creador, podemos imaginarlo como la imagen de un fuego crepitante que nos mantiene vivos, y que al mismo tiempo debemos preocuparnos de mantener vivo. Zambrano reclama un despertar del hombre en su historia, pero un *despertar sin dejar de soñarnos*⁴.

Como vemos son muchas las acepciones que podemos otorgar a la idea de delirio. No obstante, no quiero decir con ello que el delirio sea sólo únicamente razón poética, sueño creador, historia o mística. Lo que me propongo es dar cuenta de la experiencia zambraniana del delirio y describirlo o delimitarlo a través del resto de conceptos del pensamiento de Zambrano con los que se haya relacionado. Para que su comprensión sea más sencilla lo iré desengranando más detalladamente, centrándome en cada uno de estos rasgos propios del concepto de delirio.

Voy a comenzar por exponer uno de los pilares centrales del pensamiento de María Zambrano, la razón poética. Se ha clasificado muchas veces a Zambrano como poeta, pero su producción fue en mayor parte filosófica. No conviene además hacer demasiadas escisiones a la hora de hablar sobre ella, pues existe un correlato entre su filosofía y su poesía, una razón poética, que destapó José Luís Abellán y que es el concepto más famoso de la filósofa andaluza. El pensamiento de Zambrano es ante todo el de la unidad, o dicho de otro modo, es el pensamiento entendido como un emprendimiento o una tarea de reconciliación: de la filosofía con la poesía, de la razón con la pasión, del hombre con la naturaleza, del hombre con Dios o del hombre con el hombre. Hay que comprender su idea de unidad para entender su pensamiento.

⁴ Zambrano, María, *Delirio y destino*, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S. A., 1998, p. 71.

María Zambrano es una autora que se posiciona en contra de los excesos del racionalismo, siguiendo el pensamiento de Ortega y Gasset, de quien fue discípula, pero no *secuaz*.⁵ Es cierto que en primera instancia la razón poética recuerda a la razón vital de Ortega, que es lo que Zambrano creía que hacía, pero la razón poética tiene unas connotaciones muy distintas. Tiene que ver también con el espíritu de mediación al que hemos aludido y con una especie de contrapunto a la soberbia de la razón occidental a la que Zambrano señala como demasiado empoderada, en detrimento del alma y las pasiones de los hombres. La razón poética está pues de forma subyacente en la obra de Zambrano.

Las raíces de la razón poética se hunden en lo que Abellán llama “La Escuela de Madrid”, que fue el ambiente académico en el que se forma María Zambrano, rodeada de maestros como Ortega o Zubiri, que influyen en gran medida en ella. Al comienzo intenta seguir los pasos de Ortega, tratando de absorber la idea de razón vital, por la cual fija su mirada en la vida. Comparte también con él una indiscutible actitud crítica frente a la tradición metafísica de la filosofía racionalista de la modernidad. Sin embargo, María Zambrano pronto inicia un camino distinto al de su maestro, influida e impactada por la lectura de otros pensadores como Unamuno, Spinoza, Nietzsche, Pascal o Max Scheler. Va tomando así ciertas distancias con Ortega, casi desde el primer momento en que se pone a escribir, y sobre todo, desde la publicación de *Hacia un saber sobre el alma*, donde Zambrano da ya claros signos de que sus teorías difícilmente van a tener un carácter sistemático, porque en modo alguno es su pretensión, ya que van a ir dirigidas hacia un lugar muy distinto al de Ortega. “Atrayente sería ir descubriendo el alma bajo aquellas formas en que ella sola ha ido a buscar su expresión, dejando aparte por el momento lo que a dicho el intelecto a cerca del alma que cae bajo él.”⁶

⁵ *Secuaz* es la palabra que utiliza María Zambrano en la entrevista concedida a Pilar Trenas en 1988 para el programa *Muy Personal* de TVE. Cuando le preguntan por su supuesto orteguismo responde: “No, orteguiana no, porque si fuese orteguiana no sería discípula. También usted, eso lo entiende muy bien ¿no? Sería una secuaz, que no discípula, lo contrario de ser discípulo.”

⁶ Zambrano, María, “*Hacia un saber sobre el alma*”, Madrid, Alianza, 1987, p. 30.

Zambrano tiene una idea de la razón que incluye al “alma”, un elemento que tiene unas connotaciones muy distintas en Ortega, quien aún tratando de superar ese racionalismo vetusto europeo, no deja de mantenerse en la línea de la razón discursiva. A fin de cuentas Ortega buscaba una claridad y una transparencia capaz de salvar las circunstancias e incluso el sentido de la historia. Zambrano por su parte aspira a recoger eso invisible y oculto bajo las circunstancias, trata de abrazar y aprehender de este modo varios saberes dentro de una razón nueva, creadora y poética. Ortega confía en que la razón ilumine con su poderosa luz al ser mismo y sus circunstancias, mientras que Zambrano apuesta por otro tipo de luz, una más auroral que muestre la complejidad de la vida, que no expulse de la tarea del pensar lo que la razón no alcanza a comprender del todo y que no mantenga en la sombra al alma, ni a ningún elemento de la vida.

Quizá menos subrayada ha sido la influencia que ejerce Miguel de Unamuno en María Zambrano. Sin embargo, el autor de *Niebla* podría situarse mucho más próximo a ella en aspectos como el poético, su idea de la religión o su posición con respecto a España y Europa. En cuanto a esto último, Ortega siempre se mostró más optimista y confiado en lo que Europa podía aportar a España que Unamuno, quien pudiera parecer mucho más pesimista, aunque realmente hablara desde la esperanza, sólo que dicha esperanza partía de una desesperanza, la “del sentimiento trágico de la vida”. Zambrano recupera aquellas dimensiones de la filosofía de Unamuno que Ortega había rechazado desde su juventud. Ambos, Zambrano y Unamuno, apreciaron un sentimiento de crisis en la coyuntura histórica española que, salvando las diferencias, comulgan en muchos de los aspectos de su análisis. Siendo el pensamiento de Unamuno el propio de un intelectual de fin de siglo y el de Zambrano estaría más en consonancia con el armonicismo krausista, la República y el socialismo; la pensadora malagueña hereda el mismo apego que Unamuno hacia la mística de lo popular y hacia los valores de la intrahistoria, motivos ambos para la esperanza dentro de una crisis que se antoja ser constante en España.

Algunos estudiosos de la filosofía española como Juan Fernando Ortega Muñoz o Alain Guy, también han hablado de las posibles confluencias entre María Zambrano y Xavier Zubiri, sobre todo por su coincidencia en el tiempo y por los conceptos de *sentir iluminante* e *inteligencia sentiente* de Zubiri, ideas que son vistas por Ortega Muñoz y Guy como un intento de hallar híbridos entre pensar y sentir, o razón y alma, con lo que encontraban estas ideas cercanas a la razón poética de Zambrano. No obstante, aunque dichas nociones pudieran recordar a la idea de razón poética, las diferencias en el modo y la forma son notables. Si leemos a Zubiri, nos damos cuenta pronto de su intención de construir un sistema unitario estrictamente filosófico y científico, mientras que la pensadora malagueña se aparta de la filosofía como sistema conceptual para aproximarse a un pensamiento místico trasunto de una experiencia interior abisal de la que el pensamiento tiene que dar cuenta. Además, ambos autores tienen un fin distinto en la utilización de sus conceptos. La razón poética para Zambrano tiene que ser un método o un modo de acceso a la realidad, una forma sanadora y poética de aprehenderla. Zubiri, por su parte, con la *inteligencia sentiente* trata únicamente de describir las estructuras de la inteligencia humana, más al estilo de una hermenéutica fenomenológica.

También interesante es la reflexión que hace la filósofa hispanista Ana Bundgård en su obra *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico–místico de María Zambrano*, acerca de la trascendencia que tiene la figura de Antonio Machado en referencia a la razón poética.

La relación del poeta con la familia Zambrano se remonta a los años en los que Machado coincidió trabajando en un colegio de Segovia con Blas Zambrano, el padre de María. Ambos profesores llegan a profesarse un gran cariño durante estos años y desde entonces mantienen una relación estrecha. Sabemos que Machado configura su apócrifo *Juan de Mairena* como alter ego de Blas Zambrano. Por esta cercanía con el poeta, María Zambrano ve en Machado una figura paternal a la que admira y respeta desde su niñez. Y, a medida que la pensadora va creciendo

intelectualmente, se da cuenta de que comparte muchas de sus ideas políticas con el poeta, a quien sigue en su apoyo al Gobierno de la República, que ambos respaldan ideológicamente también durante la Guerra Civil. En los ensayos zambranianos de tema político-social publicados en los años de la guerra se percibe ya ese *humanismo socialista* y esa simpatía hacia la “mística de lo popular” (en esto ambos autores están influidos a su vez por Unamuno). Aunque el socialismo de Machado podríamos decir que tiene un perfil más soviético. Su idea se acerca a una especie de comunismo utópico con un contenido cristiano comunitario, una ideología totalmente contrapuesta al individualismo burgués que reinaba en aquel momento entre las clases dominantes que apoyaron la rebelión franquista. Zambrano no comparte tanto esa simpatía hacia Rusia, pero sí que hace suyo el talante caritativo cristiano y la idea de comunidad de Machado.

El compromiso con el pueblo llano fue siempre destacable en el poeta sevillano, quien participa en todo tipo de actos e instituciones que promueven la cultura, como fueron las misiones pedagógicas, a las que María Zambrano también acudiría. El modo de actuar de Machado fue claramente inspirador para la pensadora, quien lee con atención los textos que este va publicando en la revista *Hora de España* durante el tiempo que se refugiaron en Valencia. En dichas publicaciones, junto con los escritos apócrifos de Machado, aparecen ya los fundamentos éticos y los principios básicos sobre la poética que dejan una huella importante en Zambrano. Estos principios recogen un sentido nuevo de la razón que tiene que ver con una doble actitud amorosa y racional. El apócrifo Juan de Mairena realiza una crítica del pensamiento occidental moderno desde Descartes, que siguiendo la idea de razón vital de Ortega, termina proponiendo una síntesis entre platonismo y cristianismo como alternativa a la razón racionalista. Este intento de dar un nuevo sentido a la razón, el propio Machado lo llama “metafísica de poeta”, la cual sufrirá una peculiar reelaboración por parte de María Zambrano, quien no adapta, sino que reabsorbe y añade a su propio ideario filosófico a la metafísica y el pensamiento teologal machadiano, llegando a convertirse la idea de la razón de doble raíz amorosa y racional en uno de los principales fundamentos teóricos del concepto de razón poética. No es casualidad que la razón poética aparezca

nombrada por vez primera en el artículo de Zambrano *La Guerra de Antonio Machado*, que dedica a analizar la voz del poeta en el panorama español durante La Guerra Civil. Lo que nuestra pensadora hace es inscribirse en la metafísica de Juan de Mairena, y apoyándose en ella, construir su propio pensamiento, sobre el que se eleva la razón poética. Ahora bien, entre el discurso de Zambrano y de Machado hay una diferencia fundamental: Machado distingue durante todo el tiempo entre filosofía y poesía, mientras que Zambrano realiza una síntesis de las dos. Machado, no filosofa poéticamente, ni poetiza filosóficamente, algo que de alguna manera sí podríamos decir de la filósofa andaluza.

El pensamiento de Zambrano responde a un intento de restauración de una unidad, lo cual nos indica que antes ha habido una ruptura. Esta ruptura Zambrano la detecta entre la filosofía y la poesía, y la remite al origen del pensamiento metafísico occidental con el poema de Parménides. El héroe de Parménides en su ascenso hacia un saber auténtico, trasciende y reduce a no-ser el orden de la vida que Zambrano intenta retomar. Esta escisión se hace más abismal con Platón, quien trata de renegar de la condición poética de la vida. El divorcio termina de consumarse con el idealismo alemán, cuyo máximo exponente lo encuentra Zambrano en Hegel, que para ella termina del todo de enterrar a lo inconcebible, lo invisible, lo vital: el alma del hombre. Aunque Hegel nunca hubiera llegado a esta concepción de la razón sin el ímpetu que demostraron por alzarla antes Descartes o Kant.

La poesía, el ser poético, o quizás el “ser” mismo, la totalidad, como nos cuenta María Zambrano en *Filosofía y poesía*, está en la unidad. Este es un asunto problemático, pues dicha unidad se hace y se deshace en el transcurso de la historia. En *Filosofía y poesía* Zambrano nos habla del origen o el comienzo de la vuelta al origen, es decir, el nacimiento del amor profesado al origen hacia el que la poesía vuelve la cabeza para reconciliarse con el mundo, pues el sentir del poeta es el de quien se ha quedado fuera del mundo, como en un sacrílego robo. Este hurto deja vacío el corazón del poeta y es en este momento donde entra la figura del filósofo, que surge para ir en busca del

objeto robado, aunque para Zambrano este filósofo no vaya a tomar el buen camino, pues le pierde su ansia por partir demasiado apresuradamente. Zambrano describe al filósofo racionalista como un ser huidizo y soberbio que aspira a escapar de la inmundicia y de lo mundano para ascender hasta situarse en un escalafón superior, pensando que obtendrá de este modo un mejor panorama de la planicie y aumentarán así sus posibilidades de obtener éxito en la búsqueda que protagoniza. El filósofo escucha en su interior una voz que le hace temblar azuzándole con esperanzadoras promesas, aunque augura que esas promesas no llegarán a cumplirse. Pero este hecho no hará retroceder al filósofo, que cae en la cuenta de que de su valía resurge su ser único, y ello le hará sentirse satisfecho y complacido. Tanto será así que extrapola ese sentimiento de modo que llega a ponerse en el lugar de Dios y del Padre –figuras retóricas que utiliza Zambrano para hacer referencia a dicha soberbia- porque se percibe a sí mismo como habiendo obtenido la omnipresencia de Dios y la supremacía del Padre, que tiene poder para dar consentimiento o negarlo. Dos condiciones la paterna y la divina, que no se adjudica el poeta quien por su parte permanece estanco ante el robo. Estanco pero no dormido, quizá esté incluso más despierto que el filósofo, pues el poeta no sucumbe orgulloso ni se nombra nada a sí mismo, tan sólo espera que lo que ha perdido, aquello que tanta angustia le causa, aparezca ante él como caído del cielo. Sereno y confiado de su suerte el poeta espera la donación, no como un padre, sino como hijo, hijo amante. El poeta es hijo, el hijo que espera obtener sus regalos, que no tiene el poder para ir a buscarlos, ni se los puede otorgar él mismo. Y también es hermano, porque quiere y necesita compartir la donación recibida, no se mantiene en la singularidad sino que se entrega a la comunidad, a la hermandad.

Pero sobre todo el poeta toma la postura humilde del amante y no comparte la arrogancia del filósofo. El poeta únicamente se concibe en su amor al mundo, a la plenitud que se da en su encuentro con el mundo. La poesía es ese reencuentro con el amor que es unidad, un reencuentro en el que al poeta le es devuelto el objeto sustraído y se recobra así la armonía que había sido perturbada.

La autora de *El hombre y lo divino* también reconoce que, en algún momento de la historia, la filosofía aspiró a comprender la totalidad del ser, pero siempre acabó instrumentalizando al mundo, poniéndolo a su servicio, sobrepasándolo. En ciertos momentos de la metafísica, filosofía y poesía caminaron de la mano una al lado de la otra. No obstante, la violencia primero, y la voluntad después (voluntad que implica libertad y en última instancia poder para Zambrano), acabaron separándolas. La poesía no podrá con la voluntad, no aceptará el método, supo ver que no estaba hecha para seguir pautas, sino para manifestarse en el hombre de forma fáctica, ser acto, apareamiento. En la obra *Pensamiento y poesía en la vida española*, Zambrano nos recuerda el hecho de que el poeta moriría si se viera en la tesitura de tener que elegir entre el ser de algo y el ser de todo.

El poeta que no quiere renunciar a cada uno de los instantes que pasan ni tampoco a la totalidad de ellos, ni quiere pasar sin desgranarlos, sin gustarlos uno a uno, ni deja el ansia amorosa que pide eternidad. En él están latentes las dos actitudes; y el poeta no reposa, porque todo le retiene y le enamora, su ser tendrá que despedazarse, tendría que morir si eligiera.⁷

Por ello la poesía se mantendrá siempre alejada de la justicia que la filosofía aplica a la realidad, la cual para el poeta es inmanejable e indómita. Es ante este hecho que la pensadora quiere encontrar ese punto intermedio, ese concepto mediador que entendemos como razón poética.

Así pues, la razón poética es una razón mediadora que intenta dar una respuesta integradora para no dejar fuera del pensamiento ningún aspecto relevante de la realidad, y aquí es donde se sitúa el delirio, pues este, como señala Ana Bundgård: es desde donde se formula la pregunta. Es decir, el delirio es el espacio en el que se realiza la pregunta, y la razón poética sería la respuesta. “La razón poética es la respuesta

⁷ Zambrano, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Endymión, 1987, p. 47.

esperanzadora que encuentra Zambrano frente a la desesperanza, la angustia vital y el nihilismo de una época en crisis.”⁸

Zambrano detecta esa crisis española a la que tantos y tantos poetas y pensadores españoles se han referido en algún momento, esa crisis de la que Gil de Biedma rezaba que no era “un estado místico del hombre, ni una metafísica”⁹, sino que el hombre podía cambiar su historia, la historia de España y su *mañana efímero*, a colación del famoso poema de Machado que también da constancia de esa España *de charanga y pandereta*. Es casi una constante de nuestra historia el sentimiento de crisis, sobre todo desde que dejamos de ser aquel imperio donde no se ponía el Sol, pero ¿acaso hubo tal grandeza en España?, ¿existió la España de Galdós o Menéndez Pidal? Muchos se han preocupado de que así constara, mas hoy sabemos que la historia también se compone de la leyenda, como así ejemplifica nuestro majestuoso y engrandecido *Cid Campeador*, sobre el cual hispanistas modernos como Inman Fox han encontrado afirmaciones con cierto cinismo entre los historiadores clásicos. “La combinación de realismo e idealismo del Poema del Cid se convierte en una de las constantes, identificada por tantos, del carácter español.”¹⁰

No obstante, si de algo ha servido ese pasado “de leyenda” ha sido para hacernos sentir en continua decadencia y para encerrarnos en nuestro recuerdo, o al menos así lo han sentido muchos intelectuales desde Cadalso hasta Pío Baroja, pasando por Larra. Por su parte, Unamuno y Ortega también sintieron esta crisis de la cual no terminan de dar un diagnóstico definitivo, oscilando entre el casticismo y la europeización. Y así llegamos a Zambrano que hereda el sentimiento de crisis y lo hace suyo. Muchas son las ocasiones y los artículos en los que la menciona, como en su obra *Hacia un saber sobre el alma* donde aparece un artículo titulado *La vida en crisis*, en el que trata de desentrañar un estadio común de exasperación que dice envuelve la vida y

⁸ Bundgård, Ana, *Más allá de la filosofía*, Madrid, Trotta, 2000, p. 17.

⁹ Gil de Biedma, Jaime, *Apología y petición, Las personas del verbo*, Barcelona, Seix Barral, 2015, p. 80.

¹⁰ Fox, Inman, Edward, *La invención de España: literatura y nacionalismo*. AIH. Actas XII, Centro Virtual Cervantes, 1995, p. 7.

la sociedad de su tiempo, apuntando unas veces a una crisis general de Occidente y otras a una especial de España. Así lo relata también en *Delirio y destino*, donde habla propiamente de España, de su hambre y de esa situación de angustia y desespero que la lleva al delirio. El delirio de una España que se sueña libre de su crisis, de su hambre y de sus demonios. La razón poética aparece aquí como un método para salir del delirio de España y de Europa.

3. El delirio y el sueño.

El *sueño* es otra de las claves del lenguaje de María Zambrano y su presencia se torna una constante durante toda su obra, pero hay una época en su vida donde cobra todavía más relevancia, es a partir de 1953, en la etapa en la que vuelve a Europa, pasando por diferentes ciudades como Roma, Ginebra o La Pièce, donde la vida no iba a ser nada sencilla para ella, pues iba a estar marcada por la miseria y los padecimientos, así como por la enfermedad y muerte de su hermana Araceli ya en Francia. Todo este sufrimiento se ve reflejado en reflexiones de Zambrano como las que dedica al tema del sueño, sobre el que me gustaría hablar en este punto y desde donde, una vez más, trataré de aproximarme a la noción de delirio.

El tema del sueño y del tiempo como prodigios fenomenológicos siempre preocupó a nuestra autora. Ya en 1940 publica *El freudismo, testimonio del hombre actual*, en el que se adentra en el tema de los sueños y comienza a apreciarse un tono crítico hacia las tesis psicoanalíticas de las cuales discrepa en tanto que encuentra el método de Freud demasiado violento. Para Zambrano el psicoanálisis obliga al inconsciente a dar de sí, sólo por medio de su acorralamiento el hombre se entiende en sus comportamientos del día a día. Aunque reconoce a Freud haber abierto el camino hacia el desprendimiento de la “máscara” del hombre, una vez más el afán científicista

por alzar a la razón sobre lo oculto, misterioso o desconocido es reprobado por Zambrano, pues pretenden haber acabado con ello y haber dado la respuesta definitiva.

Los sueños no son algo a eliminar de la vida de la persona, un poso, un residuo de vida. Son manifestaciones instantáneas con unidad de sentido de la historia real de la persona, del proceso que la lleva a integrarse o a destruirse. En lugar de ser simplemente analizados, deben ser asimilados, lo cual es todo un proceso.¹¹

Lo que Zambrano quiere decirnos es que la interpretación eficaz de un sueño no podrá venir únicamente de otra persona, puesto que el psicoanalista sólo obtendrá una interpretación objetivamente válida, desde un punto de vista médico. Para que el proceso sea liberador para la persona que sueña, esta no debe solo exteriorizarlo sino interiorizarlo de nuevo teniendo una parte activa en el proceso de superación de esa angustia o de ese enigma presentado en el sueño.

Más adelante, Zambrano publica *Persona y democracia* (1958) y *España, sueño y verdad* (1965), obras en las que las apreciaciones sobre el sueño entroncan con una idea de sueño colectivo, ella lo llama *sueño compartido*, que tiene que ver con una forma de ensoñación común que arraiga en el pueblo -de esto hablaremos con mayor profundidad en el siguiente punto-. Finalmente, la obra en la que Zambrano delimita con mayor exactitud su idea de sueño es en *El Sueño creador* (1965) y cercana en el tiempo está *La tumba de Antígona* (1967), que en un principio se iba a llamar *El delirio de Antígona*, en la que Zambrano reinterpreta la tragedia de Sófocles otorgando mayor espacio y protagonismo a los entresijos y pasiones del alma de Antígona en su delirio por actuar con justeza con respecto a las leyes de los hombres y de los dioses. No es casual la coincidencia en el tiempo de dichas obras, pues ambas guardan similitudes con respecto al tema. De todos modos, en primer lugar, voy a hablar de *El sueño creador*.

Debo aclarar, para empezar, que como ya he indicado, no sería certero decir que en esta obra Zambrano está hablando del delirio cuando habla del sueño, porque no es exactamente así. No obstante, sí considero que mediante el análisis del concepto

¹¹ Zambrano, María, *El sueño creador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 1000.

de sueño en Zambrano podemos acercarnos a una mejor comprensión del delirio, por las similitudes que ambas ideas guardan entre sí.

En *El sueño creador* Zambrano nos expone el sueño como un *despertar*, un despertar a la conciencia sin tiempo. En los sueños el tiempo como lo conocemos no existe, todo sucede como en un guión cerrado, no hay posibilidad para el detenimiento o la reflexión. En el sueño asistimos como espectadores a un tiempo que no nos pertenece, un tiempo sin dueño. Para Zambrano en el sueño tampoco hay espacio, el movimiento no es producto de una decisión sino que sucede sin más, pues en el sueño no se cumplen las reglas físicas del espacio-tiempo. Por tanto, la conclusión que ella extrae de esto es que en el sueño el individuo no es responsable de lo que le sucede, lo que está viviendo es la ausencia de libertad. Por lo que es posible lanzar una reflexión aquí sobre si en las acciones en las que el sueño se desliza en la vigilia, como en la locura o el delirio, puede ser juzgado el hombre bajo el mismo prisma moral que en la simple vigilia. Cabría preguntarse entonces si eso es precisamente el delirio: el sueño que se desliza en la vigilia. Es lo que viene a sugerirnos Zambrano en esta obra, que el sueño puede aparecer tanto dormidos como despiertos, de ambos modos tiene las mismas características, solo que en vez de utilizar la palabra delirio, en muchas ocasiones hace referencia a ello como *el sueño en la vigilia*. De todos modos, ¿qué características son estas que comparten sueño y *sueño en la vigilia* o delirio?

Zambrano nos dice que, además de las diferencias con respecto al espacio-tiempo y la ausencia de libertad, en los sueños siempre aparece una figura, algo a alcanzar, y este algo tiene carácter de realidad. Lo que significa que tanto en el sueño como en el delirio, la realidad no nos es desprendida del todo, sino que permanece de una manera latente, como un fondo último. La diferencia es que en los sueños esta realidad se dirige hacia nosotros proponiéndonos ser descifrada, lo que fundamenta el carácter enigmático del sueño, pero no deja de haber referencias reales en él. Similar a esto es lo que la filósofa dice en relación con la verdad. No se trata de que en los sueños todo sea engaño o figuración, tampoco de un descubrimiento o desvelamiento –la célebre *aletheia*–, sino que la verdad se hace sentir como campo gravitatorio de los

sueños, “como muda condena de los sueños de engañosa justificación, como actualización del horizonte último.”¹²

Otra idea muy reveladora que Zambrano introduce en *El sueño creador* es la noción de angustia como una característica sustancial tanto del sueño como del delirio. La persona que sueña, aunque no puede plantearse preguntas, se mantiene sumida en una cierta tensión, una angustia sobre la que se sostiene todo el sueño y de la que no puede deshacerse hasta despertar. Una angustia que Zambrano dice: “acompaña a todo paraíso prohibido por perdido o por perecedero, por regresivo.”¹³ Dando a entender que el soñador es consciente en cierto modo de la volatilidad y el carácter etéreo del sueño, por lo que no puede evitar sentir angustia por la pérdida de su propia fantasía. Sin embargo, Zambrano señala además que tanto en el sueño como en el delirio, detrás de la angustia subyace lo que Freud trataba de clasificar con símbolos o complejos que responden a deseos frustrados o a la presión ejercida por la moral social. Zambrano no niega que el hombre necesite una escapatoria ya sea en sueños o en delirios, pero en desacuerdo con Freud, ve los subterfugios del hombre como una parte íntegra de él mismo que no necesariamente haya de ser contrarrestada con psicoanálisis.

Pues si hay sueños mortales, todos los sueños lo son de nacimiento, de estar naciendo, de bracear por nacer o de defenderse de nacer. Y en este trance la criatura hombre inventa mentiras y finge —que, claro está, no es lo mismo—. Inventa historias de tal manera que permite sospechar que la primera, espontánea forma de la historia, de toda historia, sea la tergiversación.¹⁴

En este punto abro un paréntesis para añadir que, de una manera diferente, Zambrano nombra el sentimiento de angustia en otras obras como *Delirio y destino*, en la que la angustia aparece como un agente activo o un desencadenante directo del delirio, la cual no sería el mismo tipo angustia que aparece en *El sueño creador*. Ante el encuentro súbito y frontal con la angustia, cuando esta excede las posibilidades de

¹² Zambrano, María, *El sueño creador*, p. 1013.

¹³ *Ibíd.*, p. 1009.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 1011.

acción y se torna extrema, el individuo llega en ocasiones a buscar la escapatoria en la ensoñación o el delirio. Digamos que en este caso la angustia en el delirio tendría entonces un cierto papel diferente al que tiene en el sueño.

Y no cierro el paréntesis todavía, o mejor abro un segundo, porque sería un descuido por mi parte no hacer alusión aquí al pensador danés Søren Kierkegaard, cuyo eco se deja sentir claramente es esta cuestión. Es innegable la influencia que este autor ejerce en María Zambrano, sobre todo en lo referente a la angustia, concepto fundamental del filósofo existencialista, quien además comparte con Zambrano un primordial interés por desentrañar los conflictos de la fe. Especialmente alusiva a la cuestión tratada aquí es su obra *El concepto de angustia*, y más concretamente el capítulo homónimo que comienza diciendo: “La angustia es una categoría del espíritu que sueña.”¹⁵ Con lo que Kierkegaard está asentando la idea de que el sueño, la angustia ante la totalidad presentida, ante el infinito de la libertad, es el padecer de un ser que despierta al tiempo que cae, es decir, que cae en su propia existencia desde el sueño inocente en que yace, mientras todavía no es él; mientras todavía no ha salido del seno de Dios o de la nada. Y la angustia es el presentimiento dentro de la nada, de la caída de la propia existencia, del despertar en el pecado de ser uno mismo. A lo que Zambrano vendría a añadir aquí que el sueño, aunque suspenso en la angustia, no deja de ser un refugio donde esconderse, donde al contrario de lo que pueda parecer, el individuo que sueña no reposa, sino que se aventura por los confines de lo posible y jugando a ser alguien o algo, allana el terreno vedado a la posibilidad. Y en cada una de estas historias que el hombre inventa hay una totalidad: “La totalidad de la vida toda del que sueña.”¹⁶ Pues los sueños son fragmentos absolutos, donde si hay suerte, puede nacer, aunque no siempre, la palabra. Estaríamos entonces ante un *sueño creador*.

Por último, me gustaría retomar la cuestión de *La tumba de Antígona* para esclarecer por qué decía al principio de este apartado que *El sueño creador* y *La tumba*

¹⁵ Kierkegaard, Søren, *El concepto de angustia*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, p. 87.

¹⁶ Zambrano, María, *El sueño creador*, p. 1011.

de *Antígona* guardan similitud en el tema y por qué no es casualidad que dos años después de publicar Zambrano *El sueño creador*, salga a la luz *La tumba de Antígona*. Como ya he dicho, ambas obras son escritas en un momento muy complicado de la vida de la pensadora malagueña, con la reciente muerte de su hermana Araceli, último miembro vivo de su familia más cercana, y habiendo contemplado como la forma en que el dolor puede terminar con la vida de alguien querido, María Zambrano se entrega en sus escritos a escudriñar cuestiones tales como los límites de la conciencia, las posibilidades e imposibilidades de lo real o las condiciones de la temporalidad. Nacen así *El sueño creador* y *La tumba de Antígona*, esta última dedicada a su hermana Araceli de la que vierte mucho en el personaje de Antígona. *La tumba de Antígona* podría considerarse una oda al delirio -de hecho según la indicación de algunos borradores iba a llamarse *Delirio y muerte de Antígona*-, como ejemplo tenemos ese comienzo con un enfebrecido monólogo cuasi místico con el que Zambrano nos introduce directamente en los pensamientos más íntimos y descarnados de la narradora, Antígona, que recobra su voz más personal y pura para desentrañar los entresijos de su dolor.

Vedme aquí, dioses, aquí estoy, hermano. ¿No me esperabas? ¿He de caer aún más bajo? Sí, he de seguir descendiendo para encontrarte. Aquí es todavía sobre la tierra. Y ese rayo de luz que se desliza como una sierpe, esa luz que me busca, será mi tortura mayor. No poder ni aún aquí librarme de ti, oh luz, luz del Sol de la Tierra.¹⁷

Pero, ¿por qué insisto en la similitud entre ambas obras? Venía diciendo que en ocasiones, ese sueño o ese delirio creador, pueden representar el origen de la palabra. Este sería el caso de la historia de Antígona. Para Zambrano, posiblemente influenciada por la obra de Unamuno, el sueño del personaje nace en simbiosis con el sueño del autor que lo crea, como en una suerte de *transubjetividad* o de necesidad histórica, como si algo divino de la naturaleza debiera de encarnar en la humana

¹⁷ Zambrano, María, *La tumba de Antígona*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 1130.

historia. “Sueño creador quiere decir tanto el sueño del autor que crea, como el sueño necesitado de creación.”¹⁸

De modo que podemos entender *La tumba de Antígona* como la continuación de *El sueño creador*, siendo *El sueño creador* la obra en la que se nos da la explicación filosófica de cómo se produce la creación de la palabra en los sueños o en el delirio, y *La tumba de Antígona* el ejemplo hecho efectivo del sueño creado. “El autor trágico ofrece al monstruo personaje, embrión envuelto en su sueño, el tiempo de su increíble historia. Y queda por ello incorporado a lo humano, pues ya ha nacido.”¹⁹

4. El delirio y España.

Pese a ser publicado en 1988, María Zambrano escribe *Delirio y destino* en La Habana a comienzos de los años cincuenta, justo antes de su vuelta a Europa. En esta obra la pensadora, con la herida del exilio todavía muy tierna, trata de tomar distancia con los años de su juventud en España, en los tiempos en los que no alcanzaba la treintena y su corazón latía al son de los vientos de cambio que soplaban por Madrid.

Descubrimos en *Delirio y destino* a la Zambrano más política, quizá desde *Horizonte del liberalismo*. Esta faceta es menos reconocida en ella, pero existe, es muy real, y cuando la muestra, lo hace segura y convencida de sus ideas. Si en *Horizonte del liberalismo* nos encontramos con una Zambrano mucho más maquiavélica, en el sentido de querer escribir una guía política, y fervorosa del liberalismo. En *Delirio y destino* se la percibe mucho más nostálgica, algo resignada y con una perspectiva más historicista. Como dice acerca de esta obra el filósofo y crítico literario Jesús Moreno Sanz: “Este libro es uno de los testimonios más vividos, fidedignos, y por ello de los más precisos

¹⁸ Zambrano, María, *El sueño creador*, p. 1051.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 1051.

documentos, de lo que fue, y aun de lo que puedo haber provocado, *aquel tiempo feliz*.”²⁰

Si en *El sueño creador* el delirio aparece explicado a partir del sueño. En *Delirio y destino*, el delirio está presente de varios modos distintos: El delirio colectivo de una España exasperada por la incurable decadencia, el delirio auroral de una España que despierta exaltada y que se sueña libre, y el delirio sufrido a título personal por Zambrano, ahogada en el dolor. Comenzaré hablando de este último, por seguir el hilo de *La tumba de Antígona*, cuyo lenguaje guarda gran relación.

Los delirios, como la misma Zambrano los titula, están situados en la última parte del libro, y son pequeños capítulos de pocas páginas, con nombres como *La hermana*, *La loca*, *La Reina*, *La dulce del nombre* o *El delirio de la paloma*. En todos ellos siempre hay un personaje femenino central que nos narra sus angustias y polaridades más íntimas, pero con un lirismo, un tono poético y una voz que desprende verdad. En estos episodios nos encontramos cara a cara con el delirio en su estado más original e incólume. Todos son narrados desde la ficción, al modo de *La tumba de Antígona*, partiendo de una sencilla historia en la que Zambrano vuelca, como acostumbra, toda su experiencia y pensamiento. No obstante, en *El delirio de la paloma* no utiliza ningún tipo de ficción, sino que se desnuda y nos habla directamente de ella misma. Este capítulo llama especialmente la atención, además de por su gran belleza, por la autenticidad con la que repasa de una forma breve, cruda, pero sutil al mismo tiempo, todo el recorrido en síntesis de la vida entre el exilio, la frontera y la añorada España.

Dios mío, quiero ser polvo, polvo, polvo de tu suelo, España; si pudiera ser yerba de tu prado, al borde de una acequia, rosa del mes de mayo, azucena al pie de un cerro, España; sería un hilo de tu agua y una piedra de las que están altas, de esas que claman al cielo, hincada en ti para clamar como un olmo seco de esos que abren los brazos, o serpiente

²⁰ Zambrano, María, *Delirio y destino*, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S. A., 1998, p. 16.

enroscada al pie de tu cruz, de esa cruz que nace en ti de tu seno, y se alza clamando justicia al cielo y llama a la tierra con sus brazos abiertos.²¹

España es sin duda el motivo que provoca en María Zambrano más delirios de dolor. Fe de ello da la respuesta que la filósofa le da a Pilar Trenas en la entrevista que le concede en TVE en el año 1988, en el programa “Muy personal”, cuando es preguntada por lo que le ha hecho sufrir. A lo que Zambrano responde:

¿Más? Pues me ha hecho sufrir mucho lo que pasaba en España cuando yo no estaba en ella, lo que pasaba en Europa cuando yo no estaba en ella. Me ha hecho sufrir mucho la ausencia. No digo, no me comparo con los que en España pasaban hambre; miseria y persecución, pero les digo una vez más, cómo me habéis dolido, en el fondo de mi alma, cómo he tenido ante mí manjares exquisitos que no he podido comer porque yo tenía qué comer y ustedes, hijos míos, hermanos míos, no teníais ni un pedazo de pan que llevaros a la boca. Eso es lo que más me ha hecho sufrir, creo.

Vemos claramente ejemplificado aquí el compromiso y la pasión por el pueblo español que profesa Zambrano, y todo el dolor que le genera su ausencia, aquel mismo que le abre el camino hacia el lenguaje del delirio. Pero, ¿qué otro modo queda de expresión, que permita solventar la realidad del exilio? Y es que no estamos hablando de un patriotismo de escaparate, sino de un sentimiento, el de Zambrano, de amor puro por su pueblo. Sorprende de su respuesta que, pese al haber perdido a tanta gente querida, al final de su vida lo que más dolor le provoque no sea la añoranza de sus seres queridos, ni ningún otro motivo, más que su ausencia; y el sufrimiento, el hambre y la muerte de los españoles. No nos extraña entonces que Zambrano, pese a que en un primer momento viajara con su marido a México, decidiera volver pronto a Valencia cuando la guerra se perdía, ni que permaneciera en Barcelona hasta que no quedara más salida que los Pirineos.

Hoy sabemos por cartas y documentos que han quedado, que Zambrano se molestó con sus más allegados intelectuales, como es el caso de Rosa Chacel, por partir

²¹ Zambrano, María, *Delirio y destino*, p. 268.

al exilio en lo que ella consideraba una hora temprana. Pues lo que más pesar le causaba a Zambrano era la impotencia, el estar lejos para actuar. Esa impotencia, esa imposibilidad real de cumplir con lo que ella considera su deber, con su conciencia humilde de sirvienta, es lo que a fin de cuentas la conduce al dolor y a lo que se ha llamado aquí la escritura del delirio.

Los otros dos modos de delirio sugeridos en *Delirio y destino* son el de una España desesperada que clama al cielo, y el de una España que despierta y se sueña libre. Ambos aparecen en la primera parte del libro, que Zambrano escribe, en ocasiones, de un modo más prosaico que la segunda, pero con la misma maestría. En esta parte se cuenta cómo se vivieron, y cómo vivió ella en primera persona, los años previos a la instauración de La Segunda República. Concretamente se centra en contar lo ocurrido entre los años 1928 y 1931 en Madrid. Y empleando un tono autobiográfico, relata con rigor las vicisitudes y los avatares por los que la juventud más intelectual e iconoclasta se enfrenta, incluso, a los sectores más tradicionales y estancos de la izquierda.

Es en este contexto en el que Zambrano divisa una España que delira. Por un lado, están los más pesimistas, que y vienen de tiempo atrás, como en el s. XIX donde se intensifica ese sentir con intelectuales como Larra, del que Zambrano dice: “se suicidó a los veintinueve años de mal de amores, dicen, mas, en verdad, de mal de España”²². La malagueña ve en Larra el ejemplo perfecto de este conflicto tópico del ser español. O Ángel Ganivet que muere también por suicidio en el momento histórico del 98, coincidiendo así con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que dejaba España a la sombra de su imperial pasado.

Movidos por este desánimo generalizado se disponen a realzar la figura de España a través de la literatura, autores como Menéndez Pelayo. Quien hace de la historia su género, para así retomar el destino de España a partir de la reconfiguración narrativa de un pasado cuya grandeza y virtud había quedado en el olvido para muchos.

²² Zambrano, María, *Delirio y destino*, p. 73.

O como Benito Pérez Galdós que examina la España más profunda para desentrañarla y poner en evidencia su inocencia y autenticidad. De estos dos autores, dice Zambrano, reinventan a España desde el delirio, desde la irrealidad más condescendiente, que sin embargo, ellos sabrán habitar.

Mas no logran convencer, ni Menéndez Pelayo ni Galdós, a los escritores de la Generación del 98, que no se conforman con ese pasado tan bien engalanado, y añoran un presente menos desdeñoso que les dé motivos para creer en un futuro. A todos estos, con los que Zambrano ha tenido ya una estrecha relación, los tilda de seres “maduros”. Pues al final, en quien confía Zambrano, es en el poder de su generación.

Por otra parte, es esta, su generación, a los que Zambrano llama “los jóvenes”, los que tienen una confianza ciega en un futuro mejor para España. Una confianza y una energía de la que Zambrano no puede evitar contagiarse, por lo que entra en un estado de delirio, pero un delirio auroral, esperanzador, presagio de buena ventura, que describe así hablando de ella misma en tercera persona: “Aunque ocultaba de sus padres su estado febril continuo, buscando tan sólo darse enteramente, sin saber que lo hacía, quemándose en una pasión de conocimiento y de acción atraída hacia un foco: España.”²³

Zambrano, que estaba a punto de caer tuberculosa y vivir postrada en cama durante largos meses, ya vaticinaba ese delirio que compartía con esos jóvenes que, alentados por grandes personalidades como Valle Inclán, desde la parte intelectual, y confiados en el liderazgo de políticos como Azaña, harían historia, aunque lo pagarían muy caro.

Pues España no era todavía visible, la sentíamos más que la veíamos y teníamos ansia de verla, era necesario, absolutamente necesario que se hiciera de nuevo visible al mundo,

²³ Zambrano, María, *Delirio y destino*, p. 45.

recobrada, entera, dueña de sí; joven, despertada desde su sueño de siglos; intacta, a pesar de su historia, más allá de su historia, real, presente...²⁴

Era la ocasión, deseaban una nueva España, tanto que deliraban por ella, y ese delirio auroral del que la pensadora fue partícipe, se consolidó en La Segunda República, aunque aquello no terminará como desearon.

Por último, cabe añadir que forma parte esencial aquí el concepto de aurora, que es una idea trascendental en la filosofía de María Zambrano. La aurora entendida como esa luz nueva de la mañana que es suficientemente luminosa como para iluminar, pero suficientemente comedida como para no ensombrecer, ni deslumbrar. Se entremezcla aquí esta idea de aurora con la del delirio, para dar forma a este sueño de albor que Zambrano nos describe como el amanecer esperanzador de un nuevo tiempo para España.

5. El delirio y la mística.

Es innegable el carácter místico de la filosofía de Zambrano, pero no sería justo contemplarla como una mística al estilo de lo que fueron en España Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, para quienes su máxima es conseguir la unión o el contacto del alma con Dios. No será Dios lo más importante para María Zambrano, sino lo divino, mas lo divino para ella no está en las alturas, sino en el hombre, al cual se le aparece invisible y no sabe clasificarlo. En *El hombre y lo divino*, Zambrano nos expone las peripecias que el hombre recorre en su trágica búsqueda del sentido de la existencia. Una angustiosa y delirante exploración iniciada por las preguntas que le produce la magnificencia de la naturaleza y la desorientación continua que favorece la presencia del mundo que le rodea, un mundo en el que el hombre siente la necesidad de ubicarse

²⁴ Zambrano, María, *Delirio y destino*, p. 46.

y de encontrar su lugar. La realidad entonces en su decir se vuelve sagrada, pero no evita que el hombre salga de la oscuridad. Es en este momento cuando el hombre recurre a Dios, y aquí es donde entra en juego el delirio. “Y es que la relación inicial, primaria, del hombre con lo divino no se da en la razón, sino en el delirio. La razón encauzará el delirio en amor.”²⁵

Nos muestra así Zambrano la relación de la mística con el delirio, que una vez más, se presenta como creador, como generador de aquello que no se ha aparecido aún, pero que aspira a ser. Como también dirá Zambrano en *Claros del Bosque* acerca de esta idea:

Brota el delirio al parecer sin límites, no sólo del corazón humano, sino de la vida toda y se aparece todavía con mayor presencia en el despertar de la tierra en primavera, y paradigmáticamente en plantas como la yedra, hermana de la llama, sucesivas madres que Dionysos necesitó para su nacimiento siempre incompleto, inacabable.²⁶

Pese a ser estas palabras pertenecientes a la última etapa como escritora de Zambrano, y a poseer una escritura cada vez más poética, vemos una continuidad en su pensamiento que no deja de ser llamativa, pero que, sin embargo, nos muestra la serenidad y la imperturbabilidad con la que Zambrano siempre defendió sus ideas, pues hasta el final apuesta por esa forma de conocimiento, aunque provenga del mismo delirio, contrarrestado con la forma de mirar el mundo a través de la razón poética.

²⁵ Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 110.

²⁶ Zambrano, María, *Claros del bosque*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1986, p. 14.

6. Conclusiones.

Aunque el delirio siempre está presente en la obra de Zambrano y se torna enseguida una constante de su lenguaje y una idea recurrente en sus textos, se manifiesta de maneras muy diferentes cada vez. En su primera época en Madrid el delirio Zambrano lo ve, lo oye y lo siente en el común de la sociedad, como un grito al unísono. Unas veces percibe ese delirio en los españoles, en su estrepitosa crisis, y otras lo percibe en la desconfianza de toda Europa en la razón, en búsqueda de una explicación. Y de manera diferente lo vuelve a ver en España, en su pueblo, en su las plazas, en sus mítines y en todas las manifestaciones públicas del entusiasmo por el advenimiento de un nuevo tiempo político que emerge de la ilusión y la esperanza. Un acuciante delirio el de la sociedad española, del que Zambrano sólo cree encontrar respuesta en la impronta de una razón nueva, menos jactanciosa y más poética.

Con el transcurrir de los años, ya en su largo viaje sin final, lejos de la patria, expulsada de su hogar, instaurada en el exasperante exilio, vuelve otra vez esa palabra a la mente de Zambrano: el delirio. Pero esta vez de una forma más personal, como un sentir individual que nace del dolor, de la angustia, del sueño. Como la última puerta a la razón y la primera hacia el alma, así se le aparece el delirio, huyendo de Freud y volviendo a Kierkegaard. El delirio esta vez es el sueño, uno del que no se puede despertar, pero del cual se vale para crear. Y de ahí, de ese sueño creador, nacerá como la llama de un fuego crepitante, *La tumba de Antígona*, los delirios de *Delirio y destino* o los *Claros del Bosque*. Obras en las que Zambrano se muestra madura y segura, sin temor al delirio, sabedora de su destino, hacia el que camina, como quien camina hacia la muerte.

También en el delirio podrá conocer su alma, y nos animará a ello, para conocer lo divino en el hombre, dejando claro cuál es nuestro trato con Dios, y sugiriéndonos conocerlo para conocernos mejor a nosotros mismos.

7. Bibliografía.

Zambrano, María, *“Hacia un saber sobre el alma”*, Madrid, Alianza, 1987.

—, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Endymión, 1987.

—, *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Ediciones Morata, 1996.

—, *Filosofía y poesía*, México D.F, Fondo de cultura económica, 1987.

—, *El sueño creador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *Delirio y destino*, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S. A., 1998.

—, *El hombre y lo divino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *La tumba de Antígona*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, Editorial Hispamerca, 1977.

—, *España, sueño y verdad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *La España de Galdós*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *Los sueños y el tiempo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *Persona y democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

—, *Claros del bosque*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1986.

—, *Algunos lugares de la poesía*, Madrid, Ed. Trotta, 2007.

—, *Cartas de La Pièce*, Pretextos, Valencia, 1996.

Bundgård, Ana, *Más allá de la filosofía, sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta, 2000.

—, *Un compromiso apasionado, María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo*, Madrid, Trotta, 2009.

Kierkegaard, Søren, *El concepto de angustia*, Madrid, Alianza Editorial, 2007

Balló, Tania, *Las Sinsombrero*, Barcelona, Espasa, 2016.

Moreno, Jesús, *El logos oscuro*, Barcelona, Verbum, 2009.

Revilla, Carmen, *Claves de la razón poética*, Madrid, Trotta, 1998.

Miguel, Morey, *Monólogos de la bella durmiente*, Zaragoza, Eclipsados, 2011.

Maillard, M^a Luisa, *La literatura como conocimiento y participación*, Lérida, Universitat de Lleida, 2002.

Fox, Inman, Edward, *La invención de España: literatura y nacionalismo*. AIH. Actas XII, Centro Virtual Cervantes, 1995.

Dicciomed.eusal.es, *Diccionario médico-biológico, histórico y etimológico*. Universidad de Salamanca, 2011.

Edición crítica de la entrevista a María Zambrano a cargo de Pilar Trenas y de las cartas escritas por María Zambrano sobre el pleito feminista a Luis Álvarez-Piñer. Al cuidado de Gemma del Olmo, Biblioteca Virtual de Investigación Duoda, Universitat de Barcelona.

Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica I*, México D.F, Fondo de cultura económica.

Gil de Biedma, Jaime, *Apología y petición, Las personas del verbo*, Barcelona, Seix Barral, 2015.